

2011 como resultado de más de una década de investigación. Se trata de un trabajo profundo y comprometido que reconstruye buena parte de lo que fue la vida política y social de los comunistas uruguayos entre 1941 y 1973. El libro se divide en dos grandes períodos que corresponden a lo que el autor denomina “La era Gómez” (1941-1955) y “La era Arismendi” (1955-1973), inicialmente pensados para ser publicados como tomos separados. En ambos, no sólo se estudia el núcleo dirigente partidario y su línea política, sino que se incorpora una abundante cantidad de fuentes (orales y escritas) para reconstruir con éxito la “ideología social” de los comunistas que permitió la concordancia necesaria entre la doctrina política y la militancia cotidiana. La centralidad del estudio de las subjetividades, es decir, las cualidades más salientes de los sujetos devenidos objeto de estudio, permite entonces comprender la profunda impronta cultural que la militancia comunista imprimió en miles de uruguayos, muchos de los cuales hoy siguen participando en el Frente Amplio, principal fuerza política del país.

La primera parte del libro comprende los años que el autor denomina de “prehistoria” partidaria, término que revela cierta subestimación del período anterior a 1955 en el que las prácticas denominadas de “secta” impidieron incidir mayormente en la sociedad. A pesar de la cantidad de militantes en este período, el Partido no pudo convertirse en una fuerza política capaz de imponer su agenda. Como en buena parte de los partidos comunistas de América Latina, los cambios en la línea soviética provocaron desajustes y reacomodamientos permanentes en la estructura partidaria. En este sentido, el cambio hacia la línea de Frente Popular desde 1935 requirió de una dirección capaz de adaptarse a las nuevas condiciones, y fue entonces cuando Eugenio Gómez tomó el liderazgo máximo en el partido. Desde entonces, las fracciones, pugnas y depuraciones signaron lo que el autor considera prácticas propias de una “secta”, que achicaron al Partido en los años siguientes aunque permitieron una mayor cohesión interna. A pesar de esto, el movimiento antifascista y antinazi permitió el acercamiento de numerosos intelectuales y de cierta cantidad de obreros. La derrota electoral en 1950 trajo aparejadas duras acusaciones contra elementos “oportunistas”, que desatarán una fuerte crisis interna, concluida a mediados de 1955, cuando Gómez fue desplazado. Rodney Arismendi comenzará a perfilarse a partir de entonces como el nuevo líder máximo del Partido, dando inicio a la segunda parte del libro que comprende los años 1955-1973.

Según relata Leibner, el derrocamiento de Arbens en Guatemala marcó el inicio de la apertura del comunismo uruguayo, rompiendo con largos años de aislamiento. Sumado a esto, los procesos de desestalinización desatados luego del XX Congreso del PCUS en 1956 preparó el terreno para que Arismendi pudiera realizar una “revolución interna” que no sólo afectaría a la dirección partidaria, sino también a su militancia. Desde su nuevo lugar como líder máximo del PC, Arismendi desplegó una serie de medidas que fortalecieron notablemente el comunismo en esos años. Entre ellas, el planteo de una “revolución democrático-popular y antiimperialista” que desembocara en una “república democrático popular”, sería una de las principales notas de originalidad frente a los otros PC latinoamericanos que habían supeditado la ofensiva al impulso de las “burguesías nacionales”. Arismendi fue un férreo defensor de la “vía pacífica” posibilitada por el contexto internacional. Por su parte, frente a la Revolución Cubana el PC uruguayo desplegó un fuerte apoyo pero insistía en esta vía pacífica, siguiendo el consejo del “Che” Guevara en Uruguay de “avanzar por cauces democráticos hasta donde se pueda ir”. Empezaría entonces un crecimiento cuantitativo y cualitativo del Partido que le permitiría aumentar su inserción en las masas. En suma, el libro de Leibner nos sumerge en el mundo comunista, prestando especial atención a la reacción y a la forma de operar de la militancia, que no fue homogénea ni lineal, ni frente a los cambios de dirección en el partido ni frente a las “tormentas ajenas” proveniente de los vaivenes de la política soviética.

Alexia Massholder
(UBA-CONICET)

A propósito de Vania Markarian, **El 68 uruguayo: el movimiento estudiantil entre molotovs y música beat**, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2011, 164 pp.

Durante los años sesenta, una generación de jóvenes militantes conformó su identidad política en múltiples escenarios de América Latina. Vania Markarian aborda este proceso en el Uruguay y explora el movimiento estudiantil de 1968, cuyo efecto radicalizador sacudió a los sectores de la izquierda. Para comprender la irrupción de estos jóvenes en la militancia, Markarian llama a incorporar al análisis aquello que justamente no fue específico de la política: una dimensión más relacionada al significado de

“ser joven” que a la adhesión a una doctrina. La historiadora propone: “preguntarse por el surgimiento de la juventud como actor político en el seno de la izquierda y, en seguida, prestar atención a las reacciones de los diferentes grupos frente a la circulación de pautas culturales específicamente juveniles que provenían principalmente de Europa y los Estados Unidos”. Markarian pone en un primer plano los nuevos patrones generacionales para ofrecer una lectura que articula la rebeldía juvenil y su impacto en los valores tradicionales y formas de organización de la izquierda. De este modo, la autora ilustra cómo ciertas innovaciones del movimiento del 68 se arraigaron a un nuevo universo que no sólo fue político sino cultural.

En contraste con la producción regional, los estudios sobre la historia del Uruguay no han atendido en profundidad la relación entre la política y la cultura en los años sesenta y este trabajo responde a dicho vacío. Al tiempo que es relevante para quienes investiguen el impacto de los jóvenes en el escenario político, social y cultural de la época, este libro es una contribución al estudio de las izquierdas en América Latina y una lectura imprescindible para abordar la historia de la izquierda uruguaya. Su valor también radica en el abordaje analítico que borrona aspectos que la historia ha presentado en “términos muy generales” o con demasiada rigidez: se detiene en las contradicciones, las paradojas, y desecha el intento de reducir un escenario del período a una imagen inmóvil y nítida.

En el capítulo primero, la autora narra la irrupción de las manifestaciones estudiantiles y la dinámica de acción y represión entre los jóvenes y la policía. Markarian pone atención en los modos de protesta que la juventud impuso en el movimiento: manifestaciones relámpago, barricadas, la apropiación de la calle a través de marchas, festivales e incluso clases al aire libre. Estas innovaciones reflejaron una cultura que “impulsaba a reclamar espacios de poder para las nuevas generaciones” al tiempo que imprimía una dimensión física de la acción militante vinculada a la destreza y a una “entrega” propia de la juventud. En el capítulo siguiente, Markarian desarrolla las repercusiones que estas novedades provocaron en las formas de organización tradicionales de la gremial estudiantil y describe su radicalización. A través de una detallada documentación, la autora muestra cómo los sectores tomaron posición sobre la lucha callejera, debatieron la forma de promover los cambios sociales y discutieron el papel de los estudiantes en la revolución.



En el capítulo tercero, Markarian da visibilidad al ambiente cultural en el que los militantes estaban inmersos y señala a la sensibilidad y a la emoción como elementos fundamentales para la iniciación política de esta generación. A través de ejemplos tomados de la fotografía, el cine, el canto popular, la danza, y otras experiencias artísticas, la autora analiza la imagen heroica de la militancia y los dos significados de “lo revolucionario” que logró incluir tanto a quienes apoyaban la lucha armada como a quienes no. Con ánimo de romper la memoria hegemónica del militante comprometido, Markarian rescata las voces de otros jóvenes que conformaron su identidad política al margen de los sectores de izquierda y la mística revolucionaria. Tanto el artista y poeta Íbero Gutiérrez, estudiante asesinado en 1972, como la revista contracultural **Los Huevos del Plata**, ilustran casos en los que la vida política y la juventud se conjugaron en experiencias más atentas a la cultura global de masas, a Bob Dylan y a la música beat.

Al concluir, la autora identifica al movimiento del 68 como el terreno en el cual la izquierda uruguaya adquiere rasgos singulares y fundamentales para entender su desarrollo histórico. Si la tendencia es visualizar dicho movimiento como un período de radicalización que impactó en la “izquierda tradicional”, Markarian cuestiona el grado tajante de este corte en el caso de Uruguay. Contrario al paisaje homogéneo que impone el uso de estas categorías, el entendimiento de la “nueva izquierda” uruguaya debe incluir los matices, la coexistencia de diferentes posiciones en relación a la lucha armada, es decir, las zonas “de confluencia y encuentro que caracterizaron la experiencia de los jóvenes iniciados en la militancia en 1968”. Más aún, Markarian sugiere que esa heterogeneidad fue no sólo la que posibilitó un frente de oposición común a la represión de Pacheco en 1968, sino la que permite explicar la fundación del Frente Amplio en 1971.

Cecilia Lacruz
(UDELAR)

A propósito de Carlos Altamirano,
Peronismo y cultura de izquierda, Buenos Aires, Siglo veintiuno editores, 2011, 270 pp.

En los últimos años el peronismo como tema ha sabido congregarse una abundante literatura posible de ser observada, en un primer momento, en la mesa de cualquier librería. Esta progresiva producción acaso esté motivada por el renova-

do interés que, por ejemplo, existe en el campo académico y que se tradujo en una multiplicación de congresos, conferencias, investigaciones y, finalmente, publicaciones. Pero también por la cantidad innumerable de divulgadores, políticos, periodistas y editores que, desde diversos ambientes e intereses, abonaron a la proliferación de obras que tratan con una cuestión que parece no agotar ni mermar el apetito de una franja insistente de lectores.

En las listas de títulos y autores que circulan hoy día habría que sumar la reedición de un libro, sin duda, ya clásico en la materia como es **Peronismo y cultura de izquierda** de Carlos Altamirano. Publicado originalmente en 2001, su aparición es una nueva oportunidad de acceder a él después de muchos años de ausencia. Este hecho no sólo remedia dicha situación sino también habilita una renovada lectura de un libro que se ha vuelto imprescindible para comprender tanto el peronismo como el devenir de la izquierda argentina en los últimos cincuenta años.

En una primera mirada esta edición no comporta demasiada novedad respecto a su versión original. Esta integrada casi por los mismos capítulos e hilados por una igual preocupación, esto es, la relación tensa y cambiante que sostuvieron el peronismo y la cultura de izquierda durante gran parte del pasado siglo. En el capítulo uno, la batalla por la significación ante la emergencia del peronismo por parte de las distintas fuerzas de izquierda funciona como una idónea presentación del problema general que atraviesa al libro al mismo tiempo que es un notable aporte a una cuestión que en su momento no había sido debidamente indagada.

En el capítulo dos Altamirano amplía este examen pero abordando otras figuras, temas y formaciones de la vida intelectual argentina. La existencia de dos visiones históricas contrapuestas sobre el país a partir de la llegada del peronismo fue un tópico que, una y otra vez, imantó hacia el debate ideológico a diversos escritores, publicaciones y sectores que abarcaba desde un Ezequiel Martínez Estrada o un Carlos Alberto Erro pasando por la revista **Cursos y Conferencias** hasta el por aquel entonces diputado peronista John William Cooke. A diferencia de este capítulo que opera en un tiempo signado por la presencia del movimiento encabezado por Perón, el tercero aborda la querrela que suscitó en el interior de las elites culturales la política represiva llevada adelante por el gobierno de la “Revolución Libertadora”. El caso emblemático de la polémica entre Ernesto Sábato y Jorge Luis Borges ofició, según el autor, como un oportuno

momento en donde el primero impugnaba, en un doble movimiento, el apoyo que el segundo había prestado a la dictadura y su lugar en el mundo literario argentino.

Los capítulos siguientes tienen como eje común las transformaciones y entrecruzamientos que se produjeron en el interior de la cultura de izquierda durante los años sesenta y setenta. Allí, Altamirano traza un mapa completo de las principales preocupaciones e influencias que circulaban entre las nuevas generaciones provenientes en su mayoría de los sectores medios. Interpretar al peronismo, delimitar el lugar ocupado por la izquierda y un profundo cuestionamiento de su propia pertenencia de clase —alimentadas por las ideas de Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós y Juan José Hernández Arregui— fueron algunos de los aspectos más salientes de una cultura que comenzaba a evidenciar ciertos cambios cualitativos respecto a décadas anteriores. Todo ello, nos recuerda el autor, en un panorama surcado por la expansión del marxismo, el estructuralismo y el impacto de la revolución cubana. Por último, la incorporación del texto “¿Qué hacer con las masas?” que había aparecido en el volumen **La batalla de las ideas** de Beatriz Sarlo, delimita otro de sus objetivos: comunicar el conjunto de sus reflexiones abordadas desde la historia política e intelectual.

Más allá de la repetición que estos ensayos suponen respecto de su primera versión, la reaparición del libro supone atender a ciertas cuestiones que le otorgan una nueva significación. En efecto, la obra adquiere un renovado sentido y un pleno derecho de publicación gracias al actual contexto político e ideológico argentino. El giro hacia la izquierda que un sector del peronismo supo construir en los últimos años reflató una vieja pero vital pregunta, sobre todo para las distintas tendencias que conforman la izquierda argentina: ¿cuál es hoy la relación y/o el lugar de esta cultura respecto del peronismo? La construcción de un relato nacional-popular que remite a valores anclados en el “setentismo”, una impronta juvenilista, el rescate de la figura de Eva Duarte y la política de derechos humanos constituyen para Altamirano muestras por demás elocuentes de que es el peronismo quien, una vez más, se las ingenia para reabrir un ciclo ideológico y cultural que parecía cerrado a fines de los noventa. Uno de los efectos más notorios de la difusión de estos discursos y prácticas ha sido configurar un “reencantamiento ideológico con la política” y, en un plano más general, un clima de “hiperestesia emotiva” en muchos jóvenes y adultos. Frente a este cuadro, la cultura de izquierda vuelve a estar inmersa en una bús-